

CAPITULO LXXXII

RESUMEN HISTÓRICO DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, DESDE 1869 HASTA 1880 (1).

Desde que las nuevas corrientes literarias modificaron, á partir de 1850, el impulso romántico, un diverso sistema prevalece en la inspiración y método de la producción española. Quedaban muchos afectos todavía á los moldes de la revolución anticlásica, y se siguió por no pocos también la marcha emprendida, aunque con alteraciones impuestas por los convencionalismos predominantes.

La política se atrajo bastantes ingenios para los periódicos, que, desde la muerte del tirano Fernando VII, habían alcanzado mucho crédito y aceptación en toda España. En medio de grandes contrariedades, triunfaron y llegaron á consolidarse los principios liberales, siendo aquel nuevo estado social motivo de continuas vicisitudes y peligros. En una nación como la española, víctima de los errores de la Monarquía y de la reacción religiosa, no era posible el desenvolvimiento de las ideas sin perturbaciones frecuentes, que trascendían y se reflejaban en la vida literaria.

Había sucedido al férvido entusiasmo antiguo, un período desalentador para los espíritus. La política coadyuvó á la desmoralización general. No eran las ideas las que triunfaban como en los tiempos anteriores á la regencia de María Cristina. Se luchaba por el triunfo personal, por la ambición del Poder, por el logro de las altas posiciones. Los Gobiernos progresistas hicieron una labor de regeneradora influencia. La desamortización concluyó con el predominio perjudicial de los frailes, y los ejércitos de la Nación destruyeron las fuerzas de los carlistas; pero pronto la astucia ó la maldad convirtieron la política en negocio y las más desapoderadas ambiciones se impusieron prevalecientes. Una serie de Gobiernos, sin rumbo ni acierto, fueron ocupando el Poder con tendencias opuestas á las ideas difundidas por los defensores de las libertades públicas. Se destrozaban hombres y partidos con inaudita crueldad, vendidas las conciencias, despreciado todo lo noble y digno. Los progresistas mismos, divididos en fracciones, no respondían

(1) A pesar de nuestros esfuerzos, nos ha sido imposible lograr los retratos de todos los personajes que citamos en este capítulo (N. del E.).

en sus propósitos á la pureza de principios que inspiraron siempre á hombres como Argüelles, Calatrava y Mendizábal. Se corrompió la política hasta lo indecible.

El periodismo, que había nacido, lo mismo que la oratoria parlamentaria, desde y con las inmortales Cortes de Cadiz, llegó á adquirir señalada importancia desde 1835 en adelante. Inspiróse desde entonces en los mismos apasionados temas que ofrecían los problemas políticos y los partidos que los sustentaban. Un plantel de escritores ilustrados formaban la redacción de casi todos los periódicos, de donde salieron muchas veces para subir á los Ministerios personalidades prestigiosas.

Una de éstas, de superiores méritos como orador, periodista y castizo escritor, en cuyas obras ha dejado duradera fama, fué don Fermín Caballero, director, por aquel tiempo, de *El Eco del Comercio*, diario progresista, muy acreditado desde larga fecha.

Había sido redactor de dicho periódico don Joaquín María López, uno de los principales jefes del partido progresista exaltado y orador de gran crédito, «no tanto (dice un crítico de mérito) por la lógica persuasiva de su lenguaje como por las brillantes dotes que embellecían sus discursos».

Adicto y admirador del general Espartero, después, al ser elevado éste á la dignidad de Regente del Reino, empezó López á impugnar los actos de la Regencia y los Ministerios que durante los dos primeros años de ella se formaron. Las campañas sostenidas contra el Regente por el célebre tribuno le hicieron mucho daño en la opinión. El partido exaltado se dividió en dos grandes fracciones: una se denominó esparterista; otra progresista disidente. A consecuencia de la crisis provocada por las oposiciones, López llegó á formar Ministerio, siendo uno de sus individuos el referido don Fermín Caballero, gloria de la prensa española.

La situación política, cada día más nebulosa por el predominio que consiguieron los Gobiernos moderados contra las ideas liberales, creó un período de perturbación grandísima.

Desde que en Noviembre de 1843 fué declarada mayor de edad Doña Isabel II, á los 13 años, se demostró que las influencias de algunos palatinos movían la política á su antojo, predominando las figuras más antipáticas por sus tendencias de retroceso. ¡Qué serie de escándalos desde que don Luis González Brabo, el desvergonzado libelista de *El Guirigay*, es nombrado jefe de un Ministerio conservador para firmar la exoneración del cargo de presidente del Consejo de Ministros, de don Salustiano de Olózaga, hasta la procaz audacia del Conde de San Luis, gobernando despóticamente por su capricho, provocador de la Revolución del 54!

En el año de 1852 ya se creía generalmente que don Juan Bravo Murillo, arreglador del Concordato con Roma, pensaba en dar un golpe de Estado. Aunque

pone atenuantes al rumor no lo desmiente, sin embargo, en absoluto el general don Fernando Fernández de Córdova en su importantísima *Memoria sobre los sucesos políticos ocurridos en Madrid en los días 17, 18 y 19 de Julio de 1854*. «Yo creo (dice el señor Fernández de Córdova), y conmigo lo creyeron muchos, que si el señor Bravo Murillo, por sí ó impulsado por influencias extrañas, tuvo en efecto el pensamiento de llevar á cabo el golpe de Estado, la importante conferencia (que tuvo con el general) lo retrajo de su compromiso.»

El antiguo plan persistió, no obstante, en las camarillas de Palacio, donde se fraguaban entre beatas, obispos y traficantes de la moral pública y privada, aquellas influencias extrañas de que hablaba Córdova, y que trajeron la Revolución del 68, después de las inauditas miserables infamias, realizadas por Gobiernos sin dignidad ni honor. Envuelta en el vilipendio general, cayó la Monarquía de Doña Isabel con su último Gobierno, presidido por el aborrecido don Luis González Brabo.

Es grato recordar que el periodismo batallador hizo mucho bien á la propaganda de las ideas y sirvió poderosamente para el afianzamiento moral é intelectual de las libertades conseguidas. *El Clamor público*, donde escribieron muchos bajo la dirección de Corradi; *Las Novedades*, donde tanto bueno se publicó con la inteligente jefatura de Fernando de los Ríos; *La Iberia*, diario fundado por Calvo Asensio; el mismo *Eco del Comercio*, mientras estuvo dirigido por don Fermín Caballero, fueron denodados defensores de la justicia y de la verdad.

Los periódicos moderados no alcanzaron tanta influencia en la opinión pública, aunque algunos de sus inspiradores ó redactores tuvieron crédito notable, como Donoso Cortés, Pacheco, Pastor, Díaz, Ventura de la Vega, Bretón de los Herreros, Rodríguez Rubí y otros muchos.

El Contemporáneo, que desde el año 60 apareció bajo la iniciativa feliz de don José Luis Albareda, fué muy bien acogido por el público. Dió forma más original al periodismo político, y encargados de sus secciones escritores ilustres que consiguieron después justo renombre inmortal, como Bécquer y Valera, entre otros, llegó á ser el primero de los diarios de su tiempo. José Luis Albareda, que más tarde fué ministro liberal, de grata memoria, era excelente orador, de exquisito gusto literario y hombre de mundo muy conocedor de la política y sus partidos y manejos. La moderna *Revista de España*, que tan famosa se hizo, á su talento debió también, principalmente, su creación.

Al hablar de este publicista andaluz, notabilísimo, tan culto y defensor de los ideales nuevos, se recuerdan los gloriosos nombres de otros dos de singular estima, á quienes la fama ha enaltecido con verdadero y justo cariño: don Emilio Castelar y don Nicolás María Rivero, ambos políticos de gran notoriedad, ambos oradores y escritores ilustres, maestros consumados en el periodismo luchador, propagandistas de los principios revolucionarios. Ellos fueron los que en sus diarios populares *La Discusión* y *La Democracia*, defendieron con gran éxito las

doctrinas y las aspiraciones republicanas, ya sostenidas y defendidas muchos años antes por los apóstoles de estas ideas, don José María Orense y don Francisco Pi y Margall.

Iniciativas de otro orden fueron debidas á un gaditano de preclaro talento, que trabajó mucho por la gloria del periodismo ilustrado. Hablo de don Abelardo de Carlos.

La colonia intelectual que en Cádiz vivía, había sido siempre muy notable. Desde el año 50 al 80, trabajaron allí muchos ingenios modestos; entre otros muchos que en Madrid eran conocidos por sus notables producciones literarias, como Flores Arenas, autor dramático; Pereira (José), redactor del famoso diario progresista *El Peninsular*, y autor de una *Historia de Isabel II*, publicada en 1848; Francisco de P. Hidalgo, distinguido literato y director de *El Diario de Cádiz*; Adolfo de Castro, autor de varias obras de erudición y crítica que son muy estimadas; Joaquín Montemayor, periodista ingenioso y satírico; Narciso Campillo, poeta de selecta inspiración, después catedrático del Instituto del Cardenal Cisneros; Romualdo Alvarez Espino, autor de varios libros, entre ellos el muy excelente *Estudio crítico sobre el Teatro Español*; el insigne historiógrafo don Alfonso Moreno Espinosa, discípulo de Castelar, catedrático del Instituto de Cádiz; y don Ramón León Máinez, director de la renombrada *Crónica de los Cervantistas* y que publicó en Madrid, el año de 1880, su obra sobre Santa Teresa, objeto de muchas condenaciones episcopales, titulada *Teresa de Jesús ante la Crítica*; obra encomiada por el doctor alemán Dierks, en su notable libro *Movimiento intelectual de la España moderna*.

Don Abelardo de Carlos contribuía al crédito de la literatura en Cádiz, con un acreditado periódico, *La Moda Elegante*, de gran circulación en toda la Península.

La dirección literaria estaba á cargo del decano de la facultad de Medicina y sabio literato don Francisco Flores Arenas. Hombre de singular gracia, publicaba muchos artículos de crítica social y de teatros.

Carácter emprendedor don Abelardo, y viendo que carecía España de un periódico ilustrado digno de su importancia, trasladó su residencia á Madrid. Era esto en 1869. Publicábase entonces *El Museo Universal*. Era el periódico más notable que había entonces en el orden artístico y literario.

Adquirida la propiedad por el señor de Carlos, vió pronto realizadas sus más



Abelardo de Carlos y Almansa.

halagüeñas esperanzas. Al aparecer el gran periódico artístico y literario *Ilustración Española y Americana*, toda la nación española, todas sus posesiones, todas las repúblicas americanas saludaron al autor del patriótico pensamiento: todos contribuyeron con sus nombres á la realización de tan magna empresa.

España pudo competir desde entonces por su magnífica *Ilustración* con las demás publicaciones idénticas en las naciones más cultas. Abelardo de Carlos perfeccionó el pensamiento que hubieron de tener en tiempos anteriores los laboriosos creadores y redactores de *El Semanario Pintoresco* y *La Ilustración* de Fernández de los Ríos, sin contar otros periódicos tan apreciados como llegaron á ser para la cultura española en general la antigua *Revista Española*, de Carnerero; la *Revista española de ambos mundos*, de Fermín Gonzalo Morón; *La América*, de los hermanos Asquerinos, y otras publicaciones de provincias, entre las que no debe olvidarse *La Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, de Sevilla, donde hasta el año 60 publicaron muchos trabajos de gran mérito los literatos más acreditados como Amador de los Ríos, Cayetano Alberto de la Barrera, don Manuel Cañete y otros.

Las tendencias reaccionarias predominaban, como sabemos, en todos los Gobiernos desde el año 52 y antes. La Corte y sus favoritos querían arreglarlo todo con mistificaciones. En todo se buscaba el triunfo de las ideas neo-católicas, que sufrieron grandes quebrantos, desde la Revolución europea del 48 con manifestaciones terminantes de la moral social justiciera. Se quiso inútilmente la prohibición de todo acto público contrario á la comedia política que se representaba con carácter evidentemente de corruptora hipocresía.

En Palacio mandaban Marfori, Narváez, y la camarilla conjurada contra todo lo liberal. Una beata, sor Patrocinio, que se había hecho célebre, y había sido condenada como embaucadora por los tribunales, era la consejera de la Reina y de su esposo. La vergüenza y todo miramiento social se había perdido en las alturas. Un Padre Claret era el confesor de la Reina, hombre de poca instrucción y escritor de perverso gusto.

Había que mirar de reojo todo lo liberal, proteger todo lo retrógrado. Hasta en lo literario convenía favorecer cuanto llevase señales de pureza convencional en la doctrina, de sencillez, de abnegación y de fe. Sarcasmo horrible; engaño con que pretendía ocultarse la podredumbre social en que se vivía. Se pensaba que así se concluiría con la incredulidad, con la crítica, con la verdad histórica, con la exposición científica y filosófica.

En este estado de corrupción y mentira encontró á España la Revolución del 68. Toda aquella obra de la maldad había que destruirla.

Tales fueron los propósitos de los hombres revolucionarios.

En todas las esferas sociales y políticas, lo mismo que en la parte literaria, descollaron muchos de aquellos hombres que quisieron crear una España nueva,

y lo habrían logrado del todo si los acontecimientos surgidos desde la Restauración no lo hubieran impedido siempre por todos los medios posibles.

Los escritores y poetas que debemos recordar en el período del 69 al 80 son los siguientes:

Don Gustavo Adolfo Bécquer, que nació en Sevilla en 1837, y fué redactor de *El Contemporáneo*, siendo muy estimado por sus trabajos en prosa, no consiguió la gran fama de que goza sino después de su muerte, ocurrida en 1870. Don Juan Valera menciona con elogio á los buenos compañeros de Bécquer que publicaron y recomendaron sus obras. Uno de ellos fué Augusto Ferrán, cuyos cantares de *La Soledad* fueron por el mismo Bécquer celebrados. Otro, don Narciso Campillo, ilustre poeta de la moderna escuela sevillana y eximio hablista. «Sin embargo,—palabras textuales del Sr. Valera,—quien importó más que nadie en la presentación de Bécquer al gran público y en la repentina iluminación de su ya perenne gloria, fué otro escritor, poeta también, que malgastó su ingenio en escribir satiras y epigramas políticos, y cuyo mejor título á que la posteridad le recuerde con gratitud y cariño es el de haber salvado á Bécquer, consiguiendo que tomase posesión de su conquista de la inmortalidad, harto mal segura antes.»



Gustavo Adolfo Bécquer.

Se refiere el crítico á don Ramón Rodríguez Correa, quien reunió las obras del poeta sevillano, acompañándolas de un bien escrito prólogo.

La publicación de las *Rimas* de Bécquer obtuvo gran éxito.

Dice Valera que Bécquer fué un poeta subjetivo; pero «logró que su subjetivismo interesase y conmoviese más á sus semejantes que los objetos todos».

Véase qué hermosa y profunda poesía es la que sigue, como todas las suyas:

No digáis que agotado su tesoro,
De asuntos falta, enmudeció la lira,
Podrá no haber poetas; pero siempre
Habrà poesía.
Mientras las ondas de la luz al beso
Palpiten encendidas;
Mientras el Sol las desgarradas nubes
De fuego y oro vista;
Mientras el aire en su regazo lleve
Perfumes y armonías;
Mientras haya en el mundo Primavera
;Habrà poesía!

Mientras la ciencia á descubrir no alcance
Las fuentes de la vida,
Y en el mar ó en el cielo haya un abismo
Que al cálculo resista;
Mientras la humanidad siempre avanzando
No sepa á do camina;
Mientras haya un misterio para el hombre,
;Habrà poesía!

—
Mientras sintamos que se alegra el alma
Sin que los labios rían;
Mientras se lllore sin que el llanto acuda

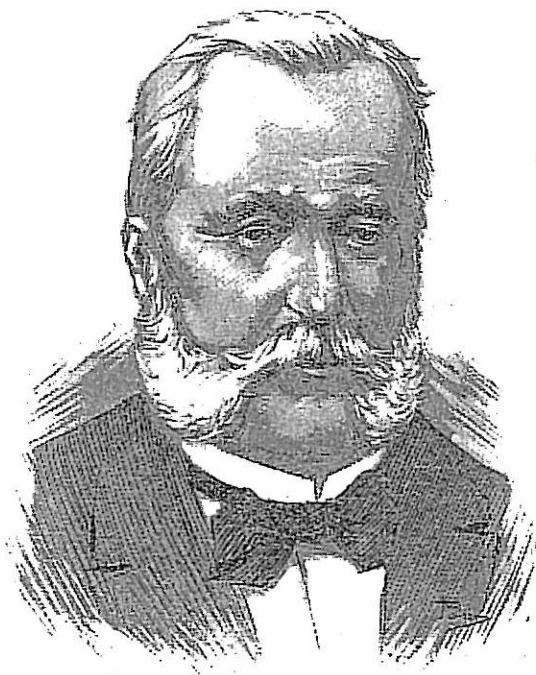
A nublar la pupila;
Mientras el corazón y la cabeza
Batallando prosigan;
Mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡Habrà poesía!

—
Mientras haya unos ojos que reflejen

Los ojos que los miran,
Mientras responda el labio suspirando
Al labio que suspira;
Mientras sentirse puedan en un beso
Dos almas confundidas;
Mientras exista una mujer hermosa,
¡Habrà poesía!

Don Ramón de Campoamor fué uno de los más geniales y celebrados poetas españoles del siglo XIX. Desde el año 40, en que imprimió su primera obra, hasta 1901 en que murió, no cesó de escribir, dejando un sinnúmero de producciones originales sobre cuyas tendencias y fines han publicado algunos críticos diversidad de juicios, aunque siempre conservó mucha popularidad.

Sus *Doloras*, *Pequeños poemas* y las *Humoradas*; *Poema Universal* y *El licenciado Torralba*, y sus obras en prosa sobre disensiones sociales y asuntos metafísicos, han sido muy leídas y, en su mayor parte, celebradas. Tienen mucho de nuevo y original.



Ramón de Campoamor.

Nuestro incomparable crítico don Juan Valera, en su examen sintético sobre los trabajos de don Ramón, dice muy atinadamente lo que copiamos:

«Después de Quintana, Espronceda y Zorrilla y muy por cima de Bécquer, es Campoamor famoso en el mundo. Si no ha formado escuela, si tiene pocos imitadores, es por lo arduo y peligroso de tal imitación. La hace ardua la originalidad del poeta, y el peligro nace de engañarse ó extraviarse quien le imite, siguiendo los mismos preceptos que Campoamor ha dado al escribir su *Poética*. De buena fe entiende él que los sigue, pero en realidad no los sigue. Su desmandado ingenio no puede someterse á pre-

cepto alguno, ni aun á los que él mismo impone.

Hasta sus invenciones de nuevos géneros de poesías, como son sucesivamente las *doloras*, los *pequeños poemas* y las *humoradas* son invenciones en cierto modo engañosas. Lo que distingue á cualquier *dolora*, *pequeño poema* ó *humorada* de las composiciones de otro autor, lo que les presta sello característico y exclusivo, no es la novedad del género, sino la idiosincrasia de quien ha inventado dicho género y lo emplea.

Su amable y prudente escepticismo que deja á salvo (y es muy segura y respetada custodia) las más altas verdades del dogma religioso; su pesimismo dulce y somero, bajo cuyo velo de melancolía se traslucen la apacible sonrisa del poe-

ta, su contento de vivir, su satisfacción y su alegría; los hábiles discreteos con que acierta á combinar á Platón y á Epicuro, lo sensual y lo espiritual, lo erótico y lo casi místico, y el ligero tinte ó barniz de filosofía en que lo envuelve todo, cuyos misterios son poco difíciles de comprender y están al alcance de las muchachas, que se regocijan y se envanecen de comprenderlos, son prendas que resaltan en Campoamor, que le diferencian de los otros poetas, y que le han hecho y le hacen popular y admirado.»

Hay mucha verdad en este cuadro social de desconsolador realismo que presenta la *dolora* titulada *La Noche Buena*:

Son hija y madre; y las dos
Con frío, con hambre y pena,
Piden en la Noche Buena
Una limosna por Dios.
— Hoy los ángeles querrán —
La madre á su hija decía,
— Que comamos, hija mía,
Por ser Noche Buena, pan.
Y al anuncio de tal fiesta,
Abre la madre el regazo,
Y sobre él aquel pedazo
De sus entrañas acuesta.
Al pie de un farol sentada,
Píde por amor de Dios...
Y pasa uno... y pasan dos...
Mas ninguno le da nada.
La niña con triste acento
— Pero ¿y nuestro pan? — decía,
— Ya llega — le respondía
La madre... y... ¡llegaba el viento!
Mientras de placer gritando
Pasa ante ellas el gentío,

La niña llora de frío,
La madre pide llorando!
Cuando, otra pobre como ella,
Una moneda le echó
Recordando que perdió,
Otra niña como aquélla.
— Ya nuestro pan ha venido —
Gritó la madre extasiada...
Mas la niña quedó echada,
Como un pájaro en su nido.
¡Llama... y llama! ¡Desvario!
Nada hay ya que la despierte;
«Duerme; está helando y la muerte
Sólo es un sueño con frío!...
La toca. Al verla tan yerta,
Se alza; hacia la luz la atrae,
Se espanta, vacila... y cae
A plomo la niña muerta.
¡Del suelo, de angustia llena,
La madre á su hija levanta!...
Y en tanto un dichoso canta,
— Esta noche es Noche Buena.

Don Gabriel García Tassara es uno de los mejores poetas del siglo XIX. Nació en Sevilla el 19 de Julio de 1817. Murió en Madrid el 14 de Febrero de 1875.

Gran pensador y eximio poeta, puso su talento y su inspiración soberana al servicio de la libertad. Amigo íntimo de Donoso Cortés, pensaba como él en muchas cuestiones, especialmente las sociales.

En inmortales versos ha dicho muchas verdades contra la corrupción social, que habrá de provocar espantosas catástrofes. Después de la revolución europea del año 48, los Gobiernos españoles buscaron en el retroceso y en la hipocresía religiosa la salvación de los tronos y sus auxiliares. No podía estar en tales propósitos la salvación. El Cristianismo se había falsificado. Era necesario que otra vez viniera Cristo al mundo para de nuevo salvarlo. Toda su doctrina se desconocía; los soberbios y los nuevos fariseos mandaban y lucraban con su nombre. Los pobres y los humildes eran perseguidos, reducidos á la desesperación, á la injusticia, al hambre, á la muerte misma. ¿Dónde estaba la caridad, dónde la generosa compasión, dónde la esperanza posible de la humanidad?...

Estas fatídicas lamentaciones, estos tristísimos presagios llenan los versos de

algunas de sus poesías, sobre todo la titulada *Himno al Mesías*, de inspiración vigorosa, con arranques de un pesimismo aterrador.

Baja otra vez al mundo,
Baja otra vez, ¡Mesías!
De nuevo son los días
De tu alta vocación;
Y en su dolor profundo
La humanidad entera
El nuevo oriente espera
De un sol de redención.

Corriendo veinte edades
Desde el supremo día
Que en esa cruz te veía
Morir Jerusalén;
Y nuevas tempestades,
Surgieron y bramaron,
De aquellos que asolaron
El primitivo Edén.

De aquellas que le ocultan
Al hombre su camino
Con ciego torbellino
De culpa y expiación;
De aquellas que sepultan
En hondos cautiverios
Cadáveres de imperios
Que fueron y no son.

Sereno está en la esfera
El sol del firmamento;
La tierra en su cimiento
Inconmovible está;
La blanca primavera,
Con su gentil abrazo,
Fecunda el gran regazo
Que flor y fruto da.

Mas ¡ay! que de las almas
El sol yace eclipsado:
Mas ¡ay! que ha vacilado
El polo de la fe;

Mas ¡ay! que ya tus palmas
Se vuelven al desierto;
No crecen, no, en el huerto
Del que tu pueblo fué.

Tiniebla es ya la Europa:

Ella agotó la ciencia,
Maldijo su creencia,
Se apacentó con hiel;
Y rota ya la copa
En que su fe vivía,
Se alzaba y te decía:
¡Señor! Yo soy Luzbel.

¿Quién dijo, Dios clemente,
Que tú no volverías,
Y á horribles gemonías
Y á eterna perdición,
Condena á esta doliente
Raza del sér humano
Que espera de tu mano
Su nueva salvación?

Sí, tú vendrás. Vencidos
Serán con nuevo ejemplo
Los que del santo templo
Apartan á tu grey.
Vendrás y confundidos
Caerán con los ateos
Los nuevos fariseos
De la caduca ley.

¿Quién sabe si ahora mismo,
Entre alaridos, tantos
De sus profetas santos
La voz no suena ya?
Ven, saca del abismo
A un pueblo moribundo;
Luzbel ha vuelto al mundo
Y Dios ¿no volverá?

¡Señor! En tus juicios
La comprensión se abisma;
Mas es siempre la misma
Del Gólgota la voz.

Fatídicos auspicios
Resonarán en vano;
No es el destino humano
La humanidad sin Dios.

Ningún crítico ha juzgado con tan superior acierto á Tassara como el sabio don Francisco de P. Canalejas.

En el discurso que pronunció en el Ateneo de Madrid en la noche del 16 de Diciembre de 1876 acerca del estado de la Poesía lírica en España, dijo del gran vate sevillano:

«Es Tassara, en mi sentir, uno de los grandes líricos de este siglo. Es romántico y clásico, vehemente, libre en su pensamiento, personalísimo en la concepción y en el lenguaje, y no desmerece comparado con los mejores cultivadores de la tradición clásica. Vuela su fantasía, pero tan fácil y sostenido es el vuelo, que parece su natural manera de ser.

Tan clara es su intuición y tan viva, que va siempre llena y como poblada de mil pensamientos que la siguen formando enjambre de ideas en torno suyo. Adora el arte por el arte, y es profeta y maestro por la soberana alteza de su concepción. En sus cantos se ve pasar hermosamente recreado cuanto ha sentido la sociedad española, aborrecido ó amado el genio español en este siglo.

Lleno de la inspiración lírica, la impone á los demás géneros, y sus ensayos épicos atestiguan hasta qué punto la inspiración dominante avasalla las demás y las somete á su dominio y señorío.»

Aunque liberal por sus opiniones, fué ecléctico en la manifestación artística de sus pensamientos don Ventura Ruiz Aguilera, que algunos quieren comparar con Tassara, lo cual es imposible cuando con detenimiento se leen las obras de los dos poetas. Tassara era impetuoso en la concepción y en lo ferviente de su magnífica forma poética. En alas de su poderosa fantasía llegaba hasta la cima de los problemas más trascendentales sociales y religiosos, y decía su sentir con soberana independencia de criterio. Sin la energía viril de Tassara se mantuvo, por el contrario, Aguilera en un término medio de dulzura complaciente que le conduce, en no pocas ocasiones, á una situación pasiva donde más falta hacían quizás las acusaciones más terribles.

La Musa popular, sin embargo, le inspira siempre, y todos los pueblos que defendieron sus libertades contra los tiranos, fueron por él enaltecidos. Sus *Ecos Nacionales*, consiguieron varias ediciones y se tradujeron al alemán, al inglés, al italiano y al provenzal. En los *Cantares*, se identificó siempre con la filosofía popular, y los dejó muy bellos. En sus *Elegías*, en las que expresa con ayes del alma la gran pena que traspasaba su corazón por la muerte de una hija á quien adoraba, derrochó raudales de sentimiento. Fué un cantor enamorado de todo lo bello, y los humildes tuvieron en él constante y generoso defensor.

Don Francisco de P. Canalejas, hablando de los poetas que descollaron del 60 al 68, cita á don Ventura Ruiz Aguilera con estas honrosas palabras: «su inspiración era sobria, salmantina, profunda y popular.»

Aguilera nació en Salamanca el año 1820. Murió en Madrid en 1881.

Es composición de seductora sencillez *El Canto de la Espiga*. He aquí algunas estrofas:



Ventura Ruiz Aguilera.

A la tierra, en el grano
Que desparrama,
El labrador confía
Sus esperanzas.
Hasta que verlas
Cumplidas logre
¡Qué de trabajos!
¡Qué de temores!

En el invierno, todo
Morir parece;
Las aves han huido,
Los campos duermen;
Los altos montes,
En nieve envueltos,
Como fantasmas
Se ven al lejos.

En Mayo todo es vida;
Tornan las aves,
Los hielos se derriten,
Las flores se abren,
Y los sembrados
Semejan olas
Cuando la brisa
Pasa y los toca.

A sazonar los trigos
Viene en pos Julio;
Con su soplo de fuego
Dora los frutos;
Y entonces, dicen,
Canta la espiga
Lo que á cántaros
Va la voz mía.

«Los bienes que en mí encierro
Ponderar oigo;
Mis granos los comparan
Con granos de oro.
Más que oro fino
Mis granos valen,
Y que las perlas
Y los diamantes.

El hombre que paz tiene
Con su conciencia,
Más que la miel sabroso
Mi pan encuentra.
Como reñido,
Con ella vive,
Negro y amargo
Me encuentra el crimen.

Yo soy la paz y el gozo
De las familias;
Palacios y cabañas
Me necesitan.
Año en que llenas
Se ven las trojes,
Todos respiran,
Ricos y pobres.

En cada rubio grano
Llevo escondidas
Largas generaciones
De otras espigas;
Que en pan trocadas,
Son para el pueblo
Germen de fuerza,
Maná del cielo.»

Fraternal compañero y amigo de Aguilera fué un poeta popular malagueño. En el periodismo y en la literatura ha dejado recuerdos muy gratos que es preciso no olvidar, ya que en España se cometen con frecuencia semejantes injusticias. Me refiero á don Antonio Luis Carrión, diputado republicano en 1873, hombre de talento y trabajador intelectual de mérito. Periodista batallador por las ideas, se hizo muy popular en la Revolución del 68. Había dado á la estampa después un tomo de versos muy bien acogidos por el público. El año 78 imprimió en Madrid un segundo volumen de poesías, *Recuerdos y Aspiraciones*, en el que quedan enaltecidos todos los ideales modernos.

¿*Locos ó cuerdos?* pregunta en una composición que dedica á don Hermenegildo Giner de los Ríos. La contestación es desconsoladoramente pesimista.

Pronto se llega al vicio;
Y es el sendero
Que á la virtud conduce
Largo y estrecho.
Los más lloran y sufren,
Gozan los menos;
Pocos se encuentran hartos,

Muchos hambrientos.
El que es honrado y digno,
Pasa por necio,
Y al picaro le llaman
Hombre de genio.
La estupidez ocupa
Brillantes puestos,

Mientras que perseguido
Se ve el talento.
Y en la desigual lucha
Con pena vemos
Al malvado triunfante,

Vencido al bueno.
Medita, amigo, y dime
Pensando en esto,
Si estamos en el mundo
Locos ó cuerdos.

Hay muchas poesías notables en el volumen citado. Se vulgarizan hermosos pensamientos en la sencilla composición que se titula *El mundo en marcha*:

Loco llamaban á Cristo
Los que le crucificaban;
Y por loco á Galileo
En la Inquisición maltratan,
Cuando afirma que la tierra
Se mueve bajo su planta.
Por loco pasó Cervantes,
Y hoy su nombre honra á la patria;
Y á Colón juzgaban loco

Porque en su tenaz constancia
Un nuevo mundo en la esfera
Con el compás señalaba.
Cuando la Ciencia y el Genio
Sobre el error se levantan,
¡Quién puede saber, en vista
De las lecciones pasadas,
Si la utopía de hoy
Será la ley de mañana!

El año de 1878 se publicó en Málaga un nuevo libro de Carrión, titulado *Ecos del Tajo*, colección preciosa de cantares que el autor dedica á los nobles hijos de Ronda, como testimonio de gratitud, porque con su afecto y consideraciones, templaron las amarguras del destierro que hubo de sufrir allí el año 74. Precede al libro una carta laudatoria de don Ventura Ruiz Aguilera. Hay muchos pensamientos hermosos en esta colección.

Tú principias y yo acabo.
Tú eres provechoso arbusto;
Yo viejo tronco abatido
Por las tormentas del mundo.

—
Tú eres la fe y te consuelas
Con tus ideales bellos;
Yo soy la duda, me espanto
De mis propios pensamientos.

—
Ya se fué la comitiva;
Ya está en la fosa la caja;
Ya por el alma del muerto
Se oyen doblar las campanas.
Y junto al lecho vacío,
En la alcoba solitaria,
Dos ancianos se contemplan
Mudos como dos estatuas.

En la historia del periodismo español del siglo XIX debe constar con afecto y justicia su nombre. Con el título de *Revista de Andalucía*, creó en Málaga un periódico literario, que se publicaba por cuadernos quincenales en 4.º, con la colaboración de los más conocidos y mejores autores y poetas de Andalucía, de Madrid y de toda España. Desde el año 75 se publicó la *Revista* hasta el 86, dejando más de 20 tomos.

Don José Selgas y Carrasco. Había nacido en Murcia el año 1824. Estudió la carrera eclesiástica, pero la tuvo que abandonar para atender con su trabajo á las necesidades de su familia. Dedicóse á los estudios literarios, para los que tenía aptitudes sobresalientes. Había escrito muchas poesías, de las que fueron conocidas algunas en Madrid, que merecieron la aprobación de personas amantes de estos estudios.

Por mediación de don Antonio Arnao, tan aficionado como su paisano Selgas á

la poesía religiosa, fueron juzgados los ensayos poéticos del novel escritor por el reputado crítico don Manuel Cañete. Con aprobación entonces tan valiosa, y protegido por el Conde de San Luis, Selgas se trasladó á Madrid, llegando á cobrar mucho crédito, no sólo como poeta dulce y sencillo, sino como periodista ingenioso é intencionado del famoso *Padre Cobos*.

Sus colecciones de poesías *La Primavera* y *El Estío*, agradaron mucho. Hicieron de ellas varias ediciones. Se le llamaba el vate de la inocencia y de las flores, y en verdad que la mayor parte de sus obras parecen escritas para una sociedad infantil, y no para una sociedad tan viciosa y corrompida como la de su tiempo.

Cañete dijo de *La Primavera*, que reunía dos cualidades importantísimas: «el espiritualismo, la vaguedad, la melancólica ternura de las poesías del Norte; la gallardía, la riqueza, la pompa de las poesías meridionales».

Tiene mucho mérito y belleza esta poesía que copiamos, y se titula *La Felicidad*:

Sueño que al alma fatiga,
Luz que ante mí se derrama,
Voz que impaciente me llama,
Ansía que á vivir me obliga;
Felicidad que me hostiga,
Que en pos de mí siempre va,
Que á un mismo tiempo le da
Luz y sombra á mi deseo...
Yo en todas partes la veo,
Y en ninguna parte está.

Vagamente dibujada
La encuentra el alma indecisa,
En el bien de una sonrisa,
En la luz de una mirada,
En toda dicha esperada,
En la que pasó importuna,
En la gloria, en la fortuna,
En lo incierto, en lo posible...
En todas partes visible,
Y no se alcanza en ninguna.

Nube azul, blanca y ligera
Que los sentidos engaña,
Y tras de cada montaña
Parece que nos espera:
En impetuosa carrera

El hombre á cogerla va;
Llega... se fué... siguela...
Piensa asirla á cada instante,
La nube siempre delante
Pero siempre más allá.

Tras de la sombra mentida
Que finge tu afán profundo,
Buscándola por el mundo
Vas consumiendo la vida;
Sombra alcanzada ó perdida,
En donde quiera que estés,
Por todas partes la ves...
Mas ¡ay, infeliz de ti!
Si llegas, ya no está allí;
Si la alcanzas, ya no es.

Felicidad! Sueño vano
De un bien que no está en la tierra,
Ansia que impaciente encierra
Triste el corazón humano;
Luz de misterioso arcano,
Vaga sombra celestial,
Mézcla de bien y de mal,
Tú eres en mi corazón
La eterna revelación
De mi espíritu inmortal.

¡Sueños celestes ultraterrenos que destruye después, quizá para siempre, la muerte!

Selgas fué también notable escritor de costumbres; pero en sus artículos, que deben leerse y estimarse, hay mucho de conceptuoso y vago, además de la nota obligada de poner sobre todo la condenación de lo moderno y la apoteosis de lo más absurdo, siempre que aparezca revestido con los oropeles de lo ficticio, de lo convencional, de los fines superiores hiératicos, cada vez menos admitidos y más rechazados ante la *ciencia y la verdad*.

Selgas murió en Madrid el 5 de Febrero de 1882.

Don Antonio Arnao, el íntimo amigo y paisano de Selgas, que falleció algunos años después, dejó larga labor poética, donde prevalecen los lugares comunes de la inspiración religiosa, mucho sentimentalismo y espíritu de candidez abundante. Arnao fué uno de los más decididos partidarios del neocatolicismo imperante desde el año 50.

En sus *Himnos y quejas*, lo mismo que en las *Melancolías* y en sus *Poesías católicas*, preconiza todo lo espiritual para luchar sin descanso contra las ideas y las perturbaciones del racionalismo y la impiedad.

Vano afán del fervoroso idealista. Lo que tachaba como malo, ganaba cada día mayor prestigio en el pueblo y en todas las clases sociales. Eran necesidades impuestas por la civilización europea, y á las que no podía sustraerse España por más esfuerzos que hiciera la reacción religiosa en presencia de los hechos. Y la revolución de Septiembre tenía que concluir con las generosas ilusiones de la ficción sentimental, creada por las almas soñadoras.

Más notable fué Arnao como crítico académico. Su *Discurso*, leído ante la Academia Española en la sesión pública inaugural de 1876, *Elogio de don Juan Nicasio Gallego*, es trabajo donde resplandece la veneración al maestro y se hacen consideraciones en general atinadas respecto del inmortal poeta y sobre sus obras y su tiempo.

Entre los infinitos sonetos que escribió, hay algunos tan bellos como los dedicados á Fray Luis de León, á Quintana y á Murcia. Dice éste:

A ti, bella ciudad, reina de amores
Adormecida en la feraz llanura,
Que al pintarte en la linfa del Segura
Brillas en trono de apiñadas flores;
A ti, cuyo vergel de mil primores
Fecunda el sol que envidia tu hermosura,
Porque te dan hechizo y galanura

Brisas, aves, perfumes y colores;
A ti, mi patria, la de Abril constante,
La que infunde en el alma gozo eterno
Bajo su suelo azul siempre radiante;
A ti dirijo mi saludo tierno,
Y temiendo morir de ti distante,
Al pensar que te miro, me prosterno.

Don Antonio Hurtado, parecía un romántico por la impetuosa inspiración y un clásico por lo majestuoso de la forma. Había nacido en Cáceres el año 1825, y murió en Madrid, el 19 de Junio de 1878.

Desde mediados de siglo eran ya muy celebrados fragmentos de su *Romancero de Hernán Cortés*, obra llena de originales bellezas. Se ha dicho que fué como émulo del Duque de Rivas en la composición del romance. Magníficos son, en efecto, los que comprende la obra. Superior es la forma artística que empleó también en su *Madrid dramático*, colección de leyendas de los siglos XVI y XVII. Es de lo mejor que se ha publicado en España respecto del género legendario, con ser tanto y tan excelente.

Tenía un gusto exquisito Hurtado para toda clase de obras, de donde procede su perfección estética.

¡Qué alteza de expresión y de colorido en cuanto dice! ¡Qué encantadora introducción la de su leyenda *La Maya*!

No tiene el sol mejor rayo,
 Ni de luz más bienhechora
 Que el rayo aquel que colora
 La primer alba de Mayo.
 Pues tanta vida y calor
 Sobre los campos derrama,
 Que apenas hay una rama
 Que no se convierta en flor.
 Y es que Dios desde su asiento,
 Con la aurora de ese día,
 Pródiga á la tierra envía
 Un átomo de su aliento.
 Átomo de esencia tal,
 Y de tan rica fragancia,
 Que siendo nueva substancia,
 Y nuevo germen vital,



Antonio Hurtado.

A su contacto fecundo
 Hierve la tierra, y parece
 Que se agita y estremece
 Loco de placer el mundo.

 Así, cuando se desprende
 La esencia de Dios creadora
 Con la luz consoladora
 Que en el sol de Mayo enciende,
 Virgen aspirando amores
 Despierta la tierra ufana,
 Y gozosa se engalana
 Con rico manto de flores.
 Entonces en curso leve,
 Y en corrientes desiguales
 Baja deshecha en cristales
 Y en globos de luz la nieve.
 Y en incesante rodar,
 Como el mundo en el vacío,
 Corre la nieve á ser río
 Y el río corre á ser mar.
 Y entonces es cuando osada
 Rompe el águila las brumas,
 Y va agitando sus plumas
 Por la atmósfera azulada.
 Y es cuando fresca la flor,
 Vierte al aire su tesoro
 Y es cuando con pico de oro
 Canta alegre el ruiseñor.
 Y entonces es cuando enhiesta
 Alza su copa la encina,
 Y hay más luz en la colina,
 Y hay más sombra en la floresta.
 Y entonces es cuando en pos
 De un bien que no tiene nombre,
 Se eleva el alma del hombre
 A confundirse con Dios.
 Pues con amor singular,
 Divino, tierno y suave,
 Da vida á la flor, al ave,
 Al fuego, al viento y al mar.

De un poeta tan pesimista y misántropo como el mayor de los materialistas hemos de ocuparnos ahora. Hablamos de don Joaquín María Bartrina. Era catalán y persona de mucha ilustración. Ya en 1876 había impreso una obrita titulada *Algo*, con amargos pesimismo. Bartrina murió muy joven. El año 1881, se publicaron sus obras en prosa y verso, escogidas y coleccionadas por J. Sardá.

Desde los optimismos de un creyente, que en todo cree, hasta el positivismo cruel y pesimista, que de todo duda, que todo lo niega, ¡qué inmensidad de sensaciones, de estados de la conciencia individual, de ilusiones y afirmaciones sin fundamento de universal probanza.

Si la filosofía no ha presentado hasta ahora una doctrina que haya obtenido el general asenso en la diversidad de opiniones que domina en las sociedades y en las religiones mismas respecto del origen de la humanidad y de sus ulteriores des-

tinios, ¿por qué extrañar que la mente de los poetas indague ó exponga su sentir sobre cuestiones determinadas que siempre quedarán tal vez sin resolución verdadera?

Triste vida la de Bartrina cuando dice:

Si los seres de la tierra
Viven todos cual yo vivo,
¡Como hay Dios (si lo hay) no entiendo
Para qué habremos nacido! ..

De esta maldición de su existencia hasta la negación de Dios, no hay más que un paso.

¡Todo lo sé! Del mundo los arcanos
Ya no son para mí
Lo que llama misterios sobrehumanos
El vulgo baladi.
Sólo la Ciencia á mi ansiedad responde
Y por la Ciencia sé
Que no existe ese Dios que siempre esconde
El último por qué.



Joaquín M.ª Bartrina.

*
* *

Dediquemos ahora algunos párrafos al elogio de los autores dramáticos de más nota que florecieron en el transcurso del 50 al 80.

Ningún autor se significó tanto, cual franco iniciador de nuevos procedimientos en el teatro, como don Eulogio Florentino Sanz. Había nacido en Arévalo (Ávila) el 11 de Marzo de 1825. Desde muy niño estuvo bajo la tutela de un pariente malhumorado, á quien llamaba su tío. Estudió en Valladolid. Pasó después á la Corte, dedicándose al periodismo y á los estudios literarios.

Desde la desaparición del Liceo y durante la crisis por que pasaba el Ateneo de Madrid, estuvieron de moda las reuniones que celebraban todas las semanas varios hombres políticos ó literatos en sus moradas. Algunas de aquellas reuniones se hicieron célebres y sus contertulios eran las personas más distinguidas de la Corte. El Marqués de Molins, en su *Vida de Bretón de los Herreros*, da curiosos pormenores sobre este aunto.

A las tertulias que daba en su casa el referido Marqués los miércoles de todas las semanas, concurrían nombres tan conocidos como los de Amador de los Ríos, Fernández-Guerra (don Aureliano), Gil de Zárate, Hartzenbusch, Lafuente (don Modesto), Ochoa (don Eugenio), Bretón, Ventura de la Vega, y otros.

Allí se examinó y aprobó como excelente producción dramática *La muerte de César*, de Ventura de la Vega.

Y sábase que este autor y su amigo y compañero el de Molins fueron los iniciadores del período de transición que hubo de seguirse después de concluir el romanticismo hasta los nuevos rumbos que adoptó el teatro.

Mucho contribuyó á ello por su talento y fortuna el citado Florentino Sanz, desde 1848, con su drama histórico y de costumbres *Don Francisco de Quevedo*.

Revela gran originalidad el autor de la presentación del incomparable crítico del siglo XVII. Su carácter, profundamente delineado, ofrece un aspecto nuevo con rasgos psicológicos de singular relieve. Al hablar de Quevedo no se recordaba más que su espíritu burlón é intencionado. Pero Florentino Sanz demuestra que bajo la eterna risa desdeñosa del virulento satírico, existía la tristeza amarga de tener que presenciar, riéndolos, los hechos más infames y las maquinaciones más inmorales del nefasto reinado de Felipe IV, durante la dominación abominable del Conde-Duque de Olivares.

El pensamiento está muy bien expresado en los hermosos versos que el autor pone en boca del protagonista de su obra.

... Es fuerte apuro
Que me hayan de perseguir
Necios siempre, y de seguro
Con este infame conjuro:
«Quevedo, hacednos reir.»
Yes, por Dios, contraste horrendo
Y aun viceversa nefando,
Y hasta sarcasmo estupendo,
Que ellos escuchen riendo
Lo que yo digo rabiando.
Tal vez porque se desvien
Suelto un chiste insulso y frío...
Mas de gusto se deslien,
Y tanto á veces se rien
Que al fin... yo también me rio.

Risas hay de Lucifer...,
¡Risas preñadas de horror;
Que en nuestro mezquino sér,
Como su llanto el placer,
Tiene su risa el dolor!
¡Necios, los que abris las bocas,
Abrid los ojos!... Quizás
Veréis que mis risas locas
Son de lástima no pocas,
Y de tedio las demás.
¡No! Con su chata razón
No comprenden, cosa es clara,
Que mis chistes gotas son
De la hiel del corazón
Que les escupo á la cara.

Esta obra, que fué recibida con general aceptación, lo mismo que su nuevo drama *Achaques de la vejez*, y algún ensayo que no llegó á representarse, fué lo que dejó de su exquisita labor dramática don Florentino, modelo de inspiradora observación y buen gusto.

La revolución del 54 hizo á Florentino Sanz ENCARGADO DE NEGOCIOS en Berlín. Estudioso y meditador, comprendió toda la intensidad artística de las poesías de Enrique Heine, dando á conocer varias de sus canciones que conservaron en la traducción la belleza del pensamiento y de la forma, preciadas manifestaciones de sus aptitudes estéticas.

El año 57 se publicaron algunas en *El Museo Universal*.

Es dechado de perfección la siguiente:

¿Por qué, dime, bien mío, las rosas
Tan pálidas yacen?
¿Por qué están en su césped tan muertas
Las violas azules... ¿lo sabes?
¿Por qué, dime, tan débil gorjea
La alondra en el aire?
¿Por qué exhalan balsámicas hierbas
Hedor de cadáver?

¿Por qué llega tan torvo y sombrío
El sol á los valles?
¿Por qué, dime, se extiende la tierra,
Cual sepulcro, tan parda y salvaje?
¿Por qué yazgo tan triste y enfermo
Yo propio..., ¿lo sabes?
¿Por qué, aliento vital de mi alma,
Por qué me dejaste?

Ninguno de los que han traducido después al castellano al gran poeta Heine, logró hacerlo con la sencillez y originalidad de Eulogio Florentino Sanz.

El carácter hipocondriaco de Sanz, le hizo vivir aislado en los últimos años de su vida. Murió en Madrid el 29 de Abril de 1881.

En medio de su estudiosa permanencia en Alemania, siempre recordaba con vehemente cariño á su España del alma, como dice él á un su amigo en preciosa epístola:

Como dejes la España en que resides,
Donde quiera que estés, ya echarás menos
Esa tierra de Dolfos y de Cides.
Que obeliscos y pórticos ajenos
Nunca valdrán los patrios palomares

Con las memorias de la infancia llenos.
Por eso, aunque den són á mis cantares
Elba, Danubio y Rhin, yo los olvido
Recordando á mí pobre Manzanares.

Don Francisco Camprodón, tan famoso por los libretos de zarzuela que compuso, de los que algunos se hicieron muy populares, era en el género dramático partidario de la manera romántica. Bien lo patentiza su obra *Flor de un día*, representada con tanto aplauso en 1851. Sus escenas, tiernamente sentimentales, simpatizaban con los corazones sensibles; pero las nuevas corrientes del gusto público eran contrarias á tales representaciones, como lo demostró el auditorio en la de *Espinas de una flor*, segunda parte de la primera, tan bien recibida.

Don Manuel Fernández y González, cuyas espléndidas facultades para novelista hemos examinado ya, descolló también como dramático, aunque tenía un afecto tan extraordinario á los gustos románticos, que lo exageraba todo, y los caracteres legendarios ó históricos están trazados siempre con criterio reglamentado por el impulso de su soberana fantasía. Es larga la lista de sus obras, entre ellas *Aventuras imperiales*, *Los encantos de Merlín*, *El Tasso*, *Viriato*, *La muerte de Cisneros* y *Cid Rodrigo de Vivar*, la más celebrada y de mayor belleza en la versificación.

Este diálogo entre Rodrigo de Vivar y el Rey, lo demuestra suficientemente:

RODRIGO. — Harto claro os he de hablar.
Ó mucho me engaño, ó vos
Estáis contra mí irritado.
Me mandásteis desterrado
Un año, y estuve dos.

Os punzó lo de Vivar
Cuando de vos me parti
Soberbio, y á retar fui
A quien me llegó á injuriar;
Y vos por ello enojado,



Francisco Camprodón.

Me escribisteis en un pliego:
 « Salid de mis reinos luego
 Por un año desterrado. »
 Obedeceros ley fué,
 Y como ley la cumplí;
 Por un año obedecí,
 Por otro me desterré.
 Pero miento; á mi pesar
 Siempre estuve en vuestra tierra,
 Porque os gané en buena guerra
 La que he llegado á pisar.
Por necesidad batalló;
Y una vez puesto en mi silla,
Se va ensanchando Castilla
Delante de mi caballo.
 Y es que, aunque os llegue á enojar,
 Aunque me apartéis de vos,
 No quiere en sus juicios Dios

Que me podáis desterrar.
 ¡Soberbio habláis!

Rex. —
 Ron. — Pero á ley,
 Como hidalgo y como honrado,
 Que no siempre el enojado
 Ha de ser, señor, el Rey.
 Rex. — Desenojaros espero;
 Podéis hablarme, seguro
 Que, aun contra mí, yo os lo juro
 Me habéis de hallar justiciero.
 Ron. — Que así os mostréis es razón,
 Que el Rey, señor, también yerra;
 A un hombre se le destierra
 Por rebelde, por felón.
 Pero al hombre que, injuriado,
 Venga su honor como puede,
 A un tal hombre se concede
 Más aprecio por honrado.

Don Juan Palou y Coll, poeta mallorquín, adquirió mucha nombradía desde la representación de su interesante drama histórico *La Campana de la Almudayna*. Están con gran vigor ofrecidos el argumento y las escenas más culminantes, desenvolviéndose la acción de manera que sorprende. El interés escénico no decae, y con razón ha dicho del mérito de esta obra el crítico don Guillermo Forteza, paisano del autor, aunque censurando defectos de fidelidad histórica, que «la



J. Palou y Coll.

obra de Palau tiene un valor dramático á todas luces subido. Su cualidad predominante es aquella fuerza avara de sí misma que suele constituir el sello característico de la verdadera potencia intelectual. Tan genuina robustez, artísticamente moderada por cierto instinto secreto y maravilloso, se harmoniza en este drama con una delicadeza suave de sentir sobremanera exquisita».

En *La Campana* (añade) los caracteres se desarrollan con vigorosa espontaneidad, estalla el diálogo con reconcentrada energía, la palabra hierve sin soltar el freno á su expansivo impulso, y la acción camina con paso firme y seguro á su originalísimo desenlace. Asegura también que «es imponderable su mérito psicológico si se atiende á la doble y complicada lucha que traban entre sí pasiones llevadas á su apogeo de exaltación y sentimientos intensísimos».

La Espada y el laúd, otro hermoso drama del mismo poeta, contribuye al esplendor de su gloria.

Don Luis de Eguilar, fué uno de los dramáticos que más resueltamente dió novísimas formas al teatro contemporáneo. Muy discutido en su tiempo, no conserva hoy la celebridad que al fin llegó á conseguir con los éxitos obtenidos por algunas de sus producciones.

Había nacido Eguilar en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz) el año de 1830. Estudió la segunda enseñanza en el Instituto de Jerez de la Frontera. Don Juan María Capitán, docto humanista, alentó sus aficiones á los trabajos literarios. Estudió y concluyó en Madrid la carrera de leyes, pasando estrecheces y apuros, de los que triunfó una vez aceptadas por los empresarios sus obras dramáticas.

Su labor es abundante y variada, como lo demuestra la enumeración de los títulos: *Verdades amargas*, *Alarcón*, *Las prohibiciones*, *Quiero y no puedo*, *Mentiras dulces*, *La cruz del matrimonio*, *El caballero del milagro*, *La vaquera de la Finojosa*, *El Patriarca del Turia*, *Las querellas del Rey sabio* y *Los soldados de plomo*, con otras muchas.

En sus comedias de costumbres adoptó una tendencia moral, que fué el distintivo de sus obras. En el período de transición por que atravesaba el teatro, era expuesto el adoptar un sistema innovador con fines educadores de absoluta ejemplaridad no siempre bien interpretada. Eguilar se proponía la regeneración de las costumbres por la influencia del teatro sobre el público. Pero este propósito tenía que resultar fallido desde que se convertía el escenario en especie de púlpito para predicar la moral casera y la purificación de las creencias religiosas, y esto en tiempos de hipócrita desvergüenza y lujuria.



Luis de Eguilar.

La obra más celebrada de Eguilar fué *La cruz del matrimonio*, representada en 1861. Es indudablemente un hermoso cuadro de costumbres, pero con exceso de sentimentalismo. La noche del estreno se regaló al autor una corona de laurel con una medalla de oro, y literatos tan prestigiosos como don Agustín Durán y don Juan Eugenio Hartzenbusch obsequiaron al favorecido por el público con entusiastas felicitaciones autógrafas.

La pasión influyó mucho en la campaña que se hizo muchas veces contra Eguilar. Don Eugenio de Ochoa, crítico de alto renombre, contribuyó con sus elogios á la representación de su primitiva obra, *Verdades amargas*, su primer triunfo, el 20 de Enero de 1853.

Sin embargo, hubo un censor, que con tenacidad injusta quiso oponerse al fallo

general del público y de la crítica, don Manuel Cañete, que tanto se equivocó también en el magisterio que desempeñaba por orgullo y soberbia.

Murió Eguilar en 1874. Conservarán su memoria algunas de sus mejores obras.

Don Adelardo López de Ayala. Había nacido Ayala el 1.º de Mayo de 1828 en Guadalcanal (Sevilla). Estudió leyes en la Universidad hispalense, y entró á escribir en los periódicos moderados, de Madrid, obteniendo la protección del funesto gobernante don Luis Sartorius. Eran grandes sus méritos como poeta lírico; pero se distinguió sobremanera como autor dramático.

He aquí la lista de sus obras teatrales: *Un hombre de Estado*, *Los dos Guzmanes*, *Guerra á muerte*, *El tejado de vidrio*, *El Conde de Castralla*, *Consuelo*, *Los Comuneros*, *Rioja*, *La Estrella de Madrid*, *La mejor corona*, *El Tanto por ciento*, *El Agente de matrimonios*, *Castigo y perdón*, *El Nuevo Don Juan*.

El teatro de Ayala tiene profunda tendencia moral. Bien lo patentiza desde su primera obra. Al presentar en escena á don Rodrigo Calderón en *Un Hombre de Estado*, su carácter está tan modificado, que parece distinto del históricamente conocido. La transformación tiene semejanza con la experimentada en la personalidad de Quevedo en el drama de don Elogio Florentino Sanz. El personaje gana en el sentido moral y resulta dramáticamente más interesante y con mayor perfección artística.

Esta sugestiva faz psicológica que hacía penetrar y aun adivinar dentro de la vida íntima del individuo y de la sociedad á que pertenecía, llamó desde luego la atención del público y de la crítica sobre la superioridad de dicha forma para tratar los asuntos históricos ó de costumbres, en el teatro, con peregrina novedad y perspicacia é insinuante interés.

Dos nuevas obras dramáticas certificaron al público en su opinión favorable al poeta desde la representación de *Un hombre de Estado*: *El tejado de vidrio* y *El Tanto por ciento*. El crítico señor Blanco García tiene por más dramático y vigoroso el conflicto del último drama que el del primero.

Según su criterio, *El Tanto por ciento* «es la anatomía fiel, estudiada y minuciosa del positivismo avasallador que nos invade, y por obedecer á un intento tan eminentemente social no cabe con holgura dentro del hogar doméstico, ocupando en realidad un espacio mayor, á pesar de las apariencias».

Aunque razona con demasiada sutileza el señor Blanco, no deja de ser atendible lo que expresa en este párrafo:

«Tan claro me parece (mi) modo de interpretar el sentido moral y crítico de *El Tanto por ciento*, que veo una confirmación de él hasta en la naturaleza de los obstáculos que sostienen la acción desde el principio hasta el fin del drama. Andrés y Roberto son dos personajes que resultan más que desairados, cínico el uno y vil usurero el otro, ambos empeñados en impedir que se logre el amor recíproco de Pablo y de la condesa. Pero en el coro de la complicidad, en la oposición de Petra, de Gaspar, de Sabino y de Ramona, predomina sobre la culpa la

fatalidad de las preocupaciones erróneas, ahogando el espontáneo grito de la conciencia el afán del negocio, el demonio del tanto por ciento, que aparece en todo el drama como un agente desligado de los otros y más robusto que ellos, como un poder anónimo é indefinible, impuesto á la mayor parte de la sociedad en formas de máximas universalmente admitidas, cuyo fruto es

Ese afán de enriquecer
El cuerpo á costa del alma;
Ese universal veneno
De la conciencia del hombre
Que nos tapa, con el nombre
De negocio, tanto cieno. »

Los triunfos conseguidos por el ilustre dramático desde 1851 al 63, fueron superados el año 78 con la representación de *Consuelo*. El mismo tema que le sirvió para abominar del positivismo dominante en *El Tanto por ciento*, le sirve como demostración y caso práctico de la vida social en el nuevo drama, dechado superior de intensidad moral y de bellezas de la forma.

Don Armando Palacio Valdés, que como crítico y como novelista es una personalidad ilustre entre los escritores del siglo XIX, dirigió merecidas alabanzas al poeta cuando se representó *Consuelo*.

Después de relatar el crítico el argumento de la obra, se expresa de esta manera:

«Es *Consuelo* (dice) la más sencilla y corriente de las historias que el señor Ayala ha elegido para tema de sus obras. El cómo de esta historia tan vulgar se ha hecho una obra dramática tan primorosa y exquisita, yo no puedo explicarlo. El señor Ayala nos transporta á todos á las tablas con los mismos cuerpos y almas que tenemos, y sin dejar de ser los mismos pobres diablos que

nos empujamos por las tardes en Recoletos y tomamos el fresco por las noches en los jardines del Buen Retiro, quedamos por arte de birlibirloque transformados en personajes muy interesantes y poéticos.

Las obras todas de Ayala dejan percibir, desde el comienzo hasta el fin, al artista de corazón y al poeta de nacimiento; mas en ninguna de ellas se revela el ingenio poderoso que señala ó determina, impulsado por una fantasía viva y espontánea, nuevos é ignotos derroteros para el arte... Pero si la inspiración de Ayala no tiene ni el calor ni la fuerza que la de nuestros grandes dramaturgos



Armando Palacio Valdés.

del siglo XVII, en cambio, hay en ella tanta dulzura y elegancia que no puede menos de ser amable para todo el mundo, aun para aquellos que, como yo, prefieren lo grandioso á lo correcto.»

Sin embargo de tales apreciaciones, queda subsistente y válida su afirmación concreta de que *Consuelo* es «UNA DE LAS OBRAS MÁS ADMIRABLES DEL TEATRO MODERNO».

Al año siguiente del estreno de *Consuelo*, exaltación gloriosa de su fama literaria, estando Ayala en la cúspide de su encumbramiento político como presidente del Congreso, falleció el 30 de Enero de 1879.

Fué uno de los más esclarecidos literatos del siglo XIX.

Don Manuel Tamayo y Baus. Ponemos fin al presente capítulo hablando de uno de los hombres más famosos, como autor dramático, que produjo España en el siglo XIX, dejando obras que eternizarán su memoria. Tamayo nació en Madrid en 1829. Sus aficiones al estudio y al teatro, al que pertenecía su madre, se revelaron desde la niñez. Imitó ó tradujo en algunas de sus obras dramáticas, producciones famosas de Schiller. Se aprovechó también para escribir otras, de originales franceses. Todos sus trabajos de adaptación ó arreglo revelaron siempre penetración y gusto exquisitos.

Fué autor de la tragedia *Virginia*, que está reputada como la mejor que se ha escrito en castellano.

En colaboración con don Aureliano Fernández-Guerra, escribió el drama *La Rica hembra*, que se representó con gran éxito en el teatro del Príncipe el 20 de Abril de 1854.

La verdadera gloria de Tamayo se mostró cuando fué representado en 1855 su nuevo drama, magnífica muestra de fecunda iniciativa y originalidad *La Locura de amor*. Doña Juana la loca, aparece con diverso aspecto del conocido. El poeta ha transformado á la protagonista de manera espiritual y sugestiva, profundizando sus afectos, sus pasiones, sus arrebatos de cariño, sus celos, sus delirios amorosos, revelándonos los secretos de su alma, las torturas de su corazón, las angustias mortales de su espíritu. Ella sabía con toda certeza la infidelidad de su esposo, á quien adoraba; ella no estaba loca sino de amor...

¡Qué hermoso soliloquio éste, en que con toda la vehemencia de la pasión dice doña Juana!:

«¡Loca, loca!... ¡Si fuera verdad! ¿Y por qué no? Los médicos lo aseguran; cuantos me rodean lo creen... Entonces todo será obra de mi locura y no de la perfidia de un esposo adorado. Eso... eso debe de ser. Felipe me ama; nunca estuve yo en un mesón; yo no he visto carta ninguna; esa mujer no se llama Aldara, sino Beatriz; es deuda de don Juan Manuel, no hija de un Rey moro de Granada. ¿Cómo he podido creer tales disparates? Todo, todo, efecto de mi delirio... (Dirigiéndose entonces á diversos personajes que va nombrando, prosigue:) Dime tú, Marliano; decidme vosotros, señores; vos, capitán; tú, esposo mío, ¿no es cierto que estoy loca? Cierto es; nadie lo dude. ¡Qué felicidad, Dios eterno, qué felicidad! Creí que era desgraciada, y no era eso; ¡era que estaba loca!»

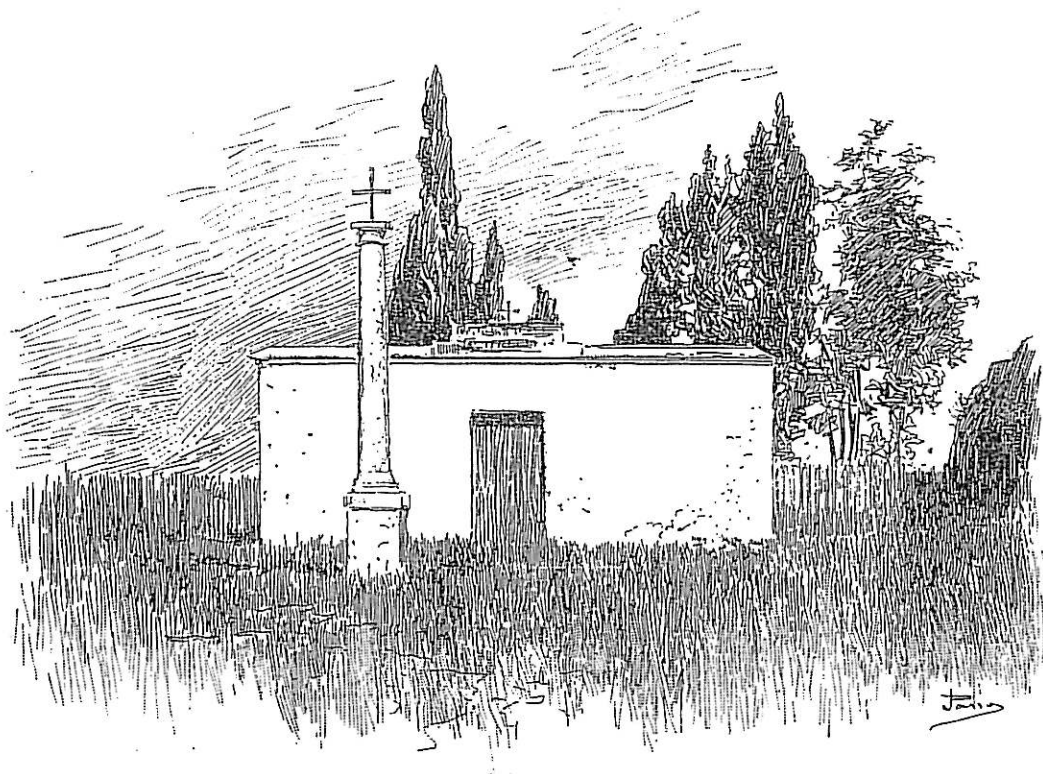
Profunda obra de percepción moral y psicológica, es un prodigio á la vez de observación meditada y patética. Fué inmensa la emoción que produjo en el público español y también lo alcanzó en las naciones extranjeras.

Desde 1859 ingresó en la Academia Española el señor Tamayo.

Inspirado en la lectura de original francés, pero embellecido el argumento con soberanas perfecciones, escribió su obra notabilísima *Lo positivo*, contra el afán absorbente de supeditar todo á los placeres materiales. Fué muy aplaudida esta obra. Su estreno se efectuó en 1862.

En *Lances de honor*, hay más de sentimentalismo que de verdad. Es la demostración neocatólica de una tesis contra el duelo.

Pero su gran obra maestra, en que puede competir con los más ilustres auto-



MADRID — Cementerio de la Moncloa.

res dramáticos por lo sublime de la inspiración y lo grandioso del pensamiento, fué un *Drama nuevo*, representado en 1867.

El gran crítico don Manuel de la Revilla, llegó á decir: «Esa producción en que todo es admirable (incluso el lenguaje sentencioso), en la que palpita una inspiración gigante, en la que las pasiones humanas vibran al unísono con las que Shakespeare pintara en sus obras inmortales, y la fuerza dramática, el efecto escénico, el terror trágico y la atrevida originalidad de las situaciones llegan á punto altísimo de perfección; producción que hace palpitir todas las fibras del corazón humano, y que lo mismo arranca lágrimas de ternura y de piedad que

gritos de terror y espanto; producción, en suma, que basta, no ya para glorificar á un hombre, sino para enorgullecer á un pueblo.

No hay mal que por bien no venga, tiene los mismos ó parecidos defectos de sentimentalismo neocatólico, que quería imponer la manía reaccionaria en las obras teatrales; y fué aplaudida en 1868, aunque con restricciones de algunos críticos.

Pero en 1870 la representación de otra obra de Tamayo, *Los hombres de bien*, no fué del agrado del público. Resultó un fracaso.

Desde entonces Tamayo dejó de escribir para el teatro, y las contadas veces que lo efectuó, lo hizo bajo seudónimo.

Murió el año de 1898, siendo Director de la Biblioteca Nacional.

Sus gloriosas obras enaltecerán siempre su memoria.